



ELENA NEGUEROLES

ARTE FRANCES, EL PESO DE DUCHAMP □
ELVIRA GUTIERREZ □ TERESA AHEDO □
EL AÑO DE TOULOUSE LAUTREC □ ELENA NEGUEROLES □
EL FUTURO DE LAS HOGUERAS EXPERIMENTALES A DEBATE □
PANORAMA & ARTE □ EXPOSICIONES □ LIBROS

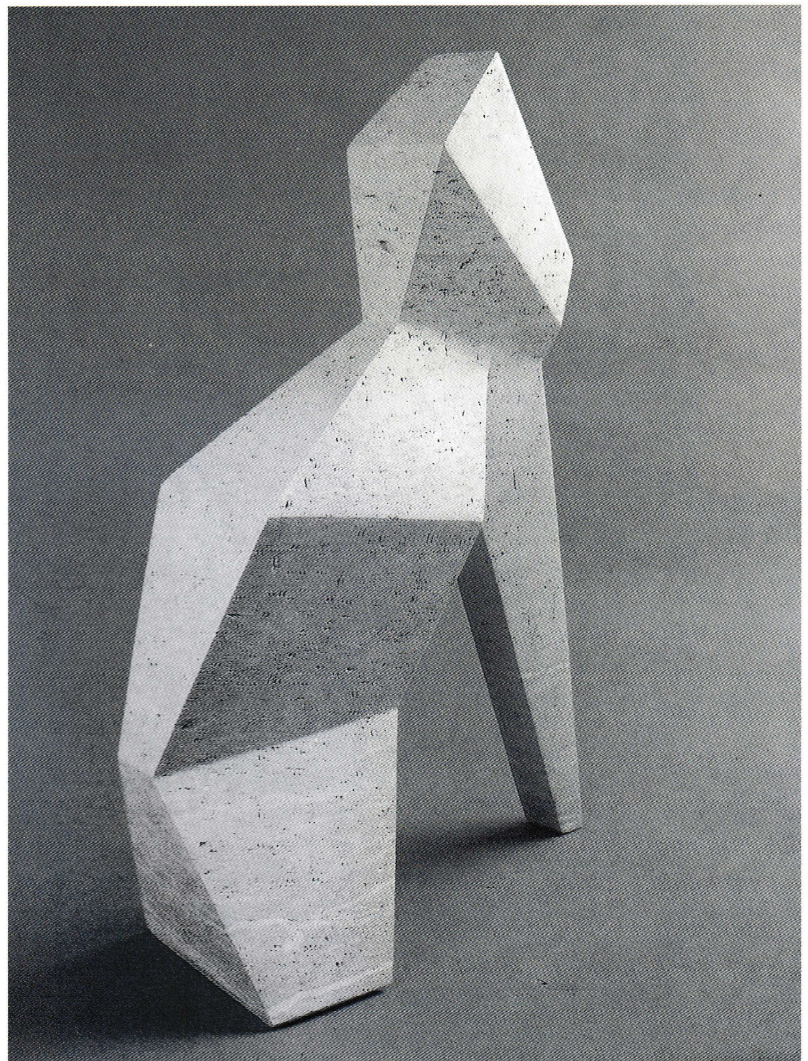


externo. Nos ofrece una sintética visión formal del mundo de la mujer, captando su fuerza y delicadeza juntas, pintando la grácil silueta en una pluralidad de atractivas posturas en interiores, rodeada de objetos cotidianos del hogar, como tazas, mesas, sillas, fruteros, flores, etc., tan atribuidos al entorno femenino. Para un mejor acercamiento al arte de Antonio Pitxot Soler, el más joven de la dinastía, es necesario señalar la relación amistosa, incluso artística que estableció con Dalí. Tiende como los surrealistas a representaciones muy imaginativas. Sus temas son paisajes y seres humanos formados con piedras, o como dice F. Calvo Serraller es un «sumergirse en la pintura de paisajes minerales». Es hacedor de un mundo fantasmagórico. A la vez pinta y elogia a ese minúsculo reino vegetal en estrecha relación con la piedra, tan presente unas veces en su obra, que protagoniza otras, que son los líquenes, tema que subraya ya de por sí tan singular pintura.

M. M.

ESCULTURAS REFERENTES DE ANDRÉS ALCANTARA

Después de haber visto la serie de esculturas, titulada «Cabezas», en la Galería Conde Duque, que llamaron poderosamente la atención en la última exposición colectiva de temporada en dicha galería, los espectadores



A. Fernández Alcántara

esperábamos con cierta ansiedad la muestra individual del escultor Andrés F. Alcántara (Torredelcampo, Jaén, 1960). Pues bien, esta muestra ha llegado de nuevo a la citada galería y no ha defraudado. Frente a la rotundidad de las formas capitales de sus cabezas, resueltas en piedra oscura, la reciente exposición de Alcántara se define por su aérea y ágil serie de «Pájaros» y sus paisajes físicos o mentales como son las piezas tituladas «Qumram» I y II o «Paisaje de fc», con cierto carácter móvil en su apoyatura en el suelo. Como nexo de unión con su obra presentada anteriormente —no podría afirmar que la esculpiera con anterioridad—, también hay alguna cabeza, pero resuelta, como toda la obra citada, en la piedra blanca de Colmenar, ese material noble que tanto ha nutrido la arquitectura madrileña junto al granito gris del Guadarrama, poniendo de relieve su firme textura y sobre todo su color blanquecino.

La piedra, el material y las posibilidades que encierra, juegan un papel decisivo en la escultura de Andrés Alcántara. El artista dibuja y diseña todas las posibilidades posicionales de los planos y las formas antes de intervenir en la piedra, pero no se somete al imperativo del dibujo sino que se deja llevar por el tacto, la sensualidad y las directrices de la materia, que ha de albergar su concepción mental primigenia. Alcántara es un artista de taller, lo que se llama de talla directa, como buen admirador de Brancusi. La geometría se percibe en la mayoría de sus obras, sin que ello quiera decir que mediatice la alusión poética o simbólica de los temas llevados a sus piezas. En las obras de Alcántara parece haber siempre un hábito referente, que él facilita con sus títulos, como en la pieza titulada «Esfinge». La escultura transforma el espacio o el vacío en un lugar, un ambiente o una atmósfera aprehensiblemente artística y, en el caso de Alcántara, quizás convenga recordar el antiguo significado de la escultura, que tuvo una veneración religiosa o mítica. Con el lenguaje claro y rotundo de una modernidad, hecha de alusiones geométricas y de síntesis, la escultura de Alcántara contiene la rotundidad primigenia del material y plasma el aura del arte.

J. A. L.

MARIANO MAESTRO: UNA POETICA

El universo cultural del presente difiere mucho de los que lo han precedido en un corto espacio de tiempo: la obra auténtica es anegada en silencio, con tal de dar al mediocre la cancha que necesita para su trabajo impresentable. Pero el mutismo de aquellos que producen coherentemente sus realizaciones, no se hace cómplice de esta injusticia, sino que es el signo paciente de la confianza en el advenimiento de una época mejor, como tal es el caso de Mariano Maestro Moratinos, pintor afincado en Valencia hace ya muchos años y cuya obra es algo que siempre ha ido a contracorriente y, por ello tal vez, ha resultado molesta a aquellos que únicamente desean ver reflejada en el arte su propia indigencia mental.

La raíz de *poesía* tiene que ver con hacer, fabricar o construir; todo arte es *poética* en este sentido, pero también remite a algo lírico, del sentimiento —una de las acepciones de la *poesía*—, y tanto da que no sea la literatura, sino la plástica, lo que nos conduzca a ello. ¿Qué hallamos en este pintor que podamos calificar de *poético*? Quizá, el fragmento de acera callejera o la ventana pintada de azul intenso, el *grafiti* ejecutado sin intención de perdurabilidad o la basura de colores vivos que cualquiera puede hallar en la calzada. Grises y ocres apagados, visiones cerradas de la calle habitual o de la tienda clausurada, que devienen

campo mágico a través del ojo del pintor, su obsesión.

En Mariano Maestro llama la atención su forma de ver, tal como cristaliza en sus cuadros: casi nunca se da la mirada plana, aquella con la cual Vermeer rastreaba sus habitaciones, abiertas al mundo a través de los mapas colgados en las paredes. Mariano mira directamente al suelo o a planos inferiores en sus interiores íntimos —limitados por pavimentos marcados por nuestras pisadas y por las manchas que hemos derramado sobre su superficie—, o bien, alza su mirada hacia el cielo vivamente azul, aquél que se percibe desde las ventanas de los deslunados o de los terrados, el propio de la intimidad de la urbe; después, desciende a la observación casi científica de los objetos más inocuos, tales como una cinta o un listón de madera, sobre ese mismo suelo, como desechos. Al final, se dirige a la naturaleza oculta en la civilización, a las aguas quietas de Khnopf, el misterio del estanque de aguas verdes y hojas muertas, el simbolismo como última manifestación del romanticismo. La novedad y la modernidad están en su concepto, en su mirada y en su quehacer: al dibujo y composición rigurosos se añade la alquimia del collage, la materia humildemente adherida a la superficie pictórica, en un *trompe-l'oeil* osado. Ante el predominio tiránico de algunas de las manifestaciones actuales, se hace sentir el deseo de la proliferación de este tipo de arte.

M. R.

